

QUINTA ANTOLOGÍA

SERENDIPIA



Serendipia — Meiga

Accidente

Jamás nos hemos vuelto a encontrar después de aquel día. La serendipia nos unió; tú no me buscabas y yo sólo esperaba que nadie me encontrase. Sin embargo, cuando tú buscabas un lugar tranquilo y yo una vía del tren en la que tirarme, me encontraste. Y me salvaste la vida.

No nos hemos vuelto a encontrar, pero con unos minutos a mi lado, has conseguido que te recuerde toda la vida.

Tú fuiste el único accidente aquella tarde, pero fuiste un accidente afortunado.



La mariposa del destino – Cristina Martín de Francisco

@cristinmf

<https://undivanenelsalon.wordpress.com/>

La gente dice que uno no cree en las serendipias hasta que las descubre. Yo era de los que pensaba así hasta que vi esa mariposa.

Nunca pensé que algo así pudiera alterar tanto mi vida, pero el simple hecho de que una mariposa se pose, por ejemplo, sobre la ventana de un coche puede hacer que cambien muchas cosas. ¿No me crees? Escucha mi historia y decide:

Era una tarde desapacible y ventosa, una de esas que me encantan. Al contrario que otros, yo disfruto con el aire revolviéndome el pelo o con el frescor de unas gotas pasajeras. Suelo pasar esas tardes. Sentado contra un árbol en la hierba húmeda del parque, con mi adorado cuaderno sobre las piernas cruzadas. Así, aislado completamente del mundo, únicamente me limito a dejarme guiar por la música que inunda mis oídos y guía mis palabras sobre el papel. Solo salgo de mis pensamientos si las gotas de lluvia comienzan a caer con demasiada fuerza. Entonces me levanto y recojo mis cosas, temeroso de que el agua emborrone mis tesoros.

Pero esa tarde en concreto la suerte se puso de mi parte y no llovió. Porque si no hubiera hecho tan buen tiempo, quizá ella no habría reparado en las coloridas alas de la mariposa y no se habría fijado en mí. Aunque de eso nunca podremos estar seguros.

El caso es que cuando oí el ruido de una puerta al abrirse y el ladrido que le siguió, nunca imaginé que al levantar la vista la encontraría a ella. Pero allí estaba sonriendo alegremente y yo solo pude pensar que se trataba de un ángel. Cuando se sentó a mi lado y me saludó fui incapaz de responder. Sentí que todo a mí alrededor desaparecía y solo quedaba su figura perfectamente perfilada en aquella neblina difusa. Porque estaba claro que era ella. Esa de quien hablaba hasta mi último poema, aquella a quien dedicaba todos mis versos de amor y muchas tardes perdidas.

El animalito que ahora descansaba en su regazo, se restregó contra mí cariñosamente, como animándome a decirle algo a su ama. Y por fin me atreví, conseguí hablar con ella con total libertad, y empezar a disfrutar de ese gran sueño que era para mí estar a su lado, charlando con toda naturalidad. Comenzamos a hablar y me explicó divertida cómo las vistosas alas de aquel insecto, le habían hecho volver la

cabeza hacia mí. Al verme tan solo decidió bajar a hacerme compañía pues ella también estaba sola al menos hasta que su padre regresara de hacer unas compras por encargo del veterinario que acababan de visitar con su gatito. Sin apenas darnos cuenta nos sumergimos en un mar de anécdotas, recuerdos y hasta cosas tan simples que no merecía la pena hablar de ellas.

Ese fue el principio de la gran amistad que nos unió, y que ahora, después de algunos meses, ha pasado a ser eso que siempre deseé, un amor dulce e inocente. Ya ves, mi mayor sueño se cumplió gracias al aleteo de una mariposa. ¿Crees ahora que algo tan simple puede cambiar las cosas?



Burbujas – Kai Vega

@kaivega_

Splash

La figura cae al mar. El acantilado se queda vacío. Un par de burbujas estallan en la superficie, y entonces el océano prosigue con su danza furiosa, como si la figura hubiese sido una gota más, incapaz de perturbarle.

Cuando la figura abre los ojos, se encuentra con una oscuridad que se extiende por cada centímetro de su visión. Vuelve a cerrarlos, dejándose llevar por las olas. Pensaba que la caída significaría su muerte. Deseaba que hubiera sido así. Intentó sumergirse en el agua, pero su cuerpo flota, como si se tratara de una pluma.

Y entonces, de repente, se sumerge. Entra agua en sus pulmones, pero no se ahoga. Abre los ojos con desconcierto. ¿Dónde está? Sigue estando en el mar, pero se ha alejado del acantilado. De repente su cuerpo pesa.

Se hunde, se hunde, se hunde.

Sus pies tocan la arena del suelo y los granos se dispersan alrededor de sus dedos, flotando alrededor de sus tobillos. Su cuerpo desciende poco a poco hasta que se sienta con las piernas cruzadas. Levanta la cabeza y vuelve a cerrar los ojos al dejar que la marea juegue con sus cabellos. ¿Se ha muerto y esto es la otra vida? Quién sabe. Nunca ha creído en estas cosas, pero a lo mejor se equivocaba.

Abre los ojos súbitamente al notar algo rozándole la mejilla. Vislumbra por el rabillo del ojo los colores de un pequeño pez y no puede evitar sobresaltarse.

Y entonces se da cuenta de que el mar ya no es oscuro, ya no es negro. Está decorado con algas y peces de todos los colores, el sol filtra sus rayos entre el agua de un azul tan claro que parece sacado de un país lejano o de un lugar fantástico. Un banco de pequeños peces amarillos rodean sus brazos, juguetones. Se ríe, la primera carcajada genuina en mucho tiempo.

Intenta ponerse en pie, pero fracasa un par de veces antes de conseguirlo. Empieza a andar, tambalea, se cae. Le recuerda a los primeros pasos que dio cuando aún tenía poco más de un año, a los vídeos que su madre le enseñó hace tanto tiempo. Sonríe débilmente.

Atraviesa un arco de roca y toca el musgo delicadamente, sintiendo cosquillas en las puntas de sus dedos. Suelta otra risita. Salta para tocar el techo, pero se mueve muy lentamente, como si estuviera en la luna. Siempre había querido ser astronauta. Supone que esto es lo más cercano que ha estado nunca a cumplir sus sueños.

Siente que bajo sus pies se mueven pequeños cangrejos que se esconden cuando intenta tocarlos. Varios años atrás le hubiese aterrorizado la idea, pero ahora simplemente siente calma, paz, tranquilidad.

Mira hacia arriba, hacia el sol que brilla miles de kilómetros por encima de su cabeza. Y entonces su sonrisa se entristece.

—Quiero seguir viviendo —murmura, aunque para cualquiera que estuviera cerca solo hubiese formado un gorgoreo y varias burbujas que se funden con el mar. Inmediatamente, sabe qué hacer.

Se pone de cuclillas, con la frente tocando sus rodillas. Coge impulso y salta. Sube, sube, sube, mueve los brazos para poder alcanzar la superficie. Aún no está todo perdido. Está a cinco metros. Cuatro metros. Tres, dos, uno.

Cuando vuelve a emerger, tose toda el agua que se ha colado dentro de su cuerpo mientras intenta mantenerse a flote. Mueve brazos y piernas con desesperación para poder recuperar el aliento. Hay unas figuras en la costa que gritan y señalan en su dirección. Un barco de rescate se acerca. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Seguro que no tanto como el que cree. El sol ya no está; unas nubes oscuras lo sustituyen. El mar ya no es tan gentil tampoco.

Una socorrista consigue subirle al barco. Le ayudan a que salga toda el agua de sus pulmones y le tapan con una manta. Hasta ese momento no se había dado cuenta del frío que calaba sus huesos y congelaba su piel.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta alguien, aunque no sabe muy bien quién. Es todo muy confuso.

Sonríe.

—Estaré bien.



Por favor, no me disfraces — Anne Agirre

@itsanneagirre

Estoy cansada. Exhausta de estar pendiente de todo y de todos. Agotada y sin aire. Sin oxígeno que respirar. Me estoy apagando lenta y rápidamente. Hoy un poco. Ayer casi nada. Mañana mucho más. Soy un fuego que ya no tiene llamas, que, aunque se ha extinguido, intenta mantenerse vivo durante la mayoría de los instantes que llenan estos amargos días.

Soy fuego que se ha apagado de susurros. Susurros que agotan y que matan. Tan tóxicos que hacen que todo sea mucho más difícil. Quiero olvidarlos. Quiero olvidarte. Si soy fuego ¿por qué no puedo quemarlos? El fuego todo lo quema y mata. Pero no, ellos me quemaron antes. Igual que tú, que me has matado y nadie dice nada. Todos miran y observan, clavan puñaladas de silencio que rematan.

Ya no me puedo levantar. Tengo la misma piedra con la que me tropecé ayer delante y no tengo fuerzas para acallar las palabras que avivan ese fuego que cada vez más me mata. Ni las lágrimas pueden. Ni ellas son capaces de pararlo; de pararte. Y eso que lloro ahora más que nunca. Me convierto en cataratas que mueren en inmensos océanos. Por vosotros, que estáis todo el rato aquí. Susurros. Un mar de serpientes que sisean en mis oídos. Lloro, lloro y lloro hasta quedarme sin aliento. Y me despierto porque ya no sé lo que es dormir. Porque cada vez que cierro los ojos vuelvo a ahogarme. Lo he olvidado ¿cómo se hace? Si mi mirada está perdida, si mis pensamientos siguen clavados en esos momentos susurrados que se vuelven fotogramas intocables en mis pesadillas.

Y no son nada efímeros. Ni yo tampoco. ¿Algo lo es?

Aguanto. Solo trato de aguantar lo máximo posible con estos pulmones que arden tras convertirse en desierto. Aunque a veces no mucho. A veces, y solo a veces, puedo olvidarlo. Me olvido. Me libero de mi piel y me abrigo de otra. Agarro un tanque de oxígeno ficticio y solo entonces consigo *ser* y *poder*. Es entonces cuando no escucho ni soy fuego ni hay susurros. Ni estás tú. Entonces me pierdo. Es un perder que no es suficiente, pues vuelvo a encontrarme con esos susurros que, haga lo que haga, parece que siempre estarán presentes. Esto o lo otro. No lo sé. ¿Por qué? ¿Por qué siempre? ¿Por qué aquí, a la altura de mi frente, ahora? ¿Por qué tantas ganas? No lo entiendo.

Es el fin del mundo.

La nada se acerca y, de pronto, *estoy*. Sin pedirlo, sin buscarlo, las manos de *ella* me recogen y me envuelven en abrazos infinitos. Me encuentra. Gracias a la que sí importa, gracias a aquella que de la nada se convierte en el todo, me alejo. De ti, seguro. Porque quiero y puedo. Porque eres el susurro que me apaga, que me mantiene despierta, el que me obliga a vestirme con una piel que no es mía. Me disfrazas, sí, tú. Así que no insistas. No, no lo hagas, pues no soy capaz de darte una explicación en voz alta. Ni quiero hacerlo. Así que calla y déjame en paz. Adiós. No quiero saber nada de ti. No, no me hables. Otra vez no, por favor. No, no y no. No te aguanto y no voy a volver a permitir que me disfraces. Que sigas disfrazándome. Porque ya me he cansado. Y ella tiene razón, no mereces la pena. Y estoy harta. Harta de ti, de tus palabras y de tus *quieros*. Basta, para. Vete. Olvídame para que yo pueda olvidarte.

Adiós. Me quito, por fin, el disfraz y te digo adiós.

Para siempre.

O eso creo.



De casualidades o predestinación — Celia Añó Espí

@BrujadelTeatro

<https://labrujadelteatro.wordpress.com/>

Abundio no era de los que permitían que los problemas le robaran el sueño. Quizás por ello no había dudado en tomar medidas nada más reconocer que estaba en un berenjenal de magnitudes colosales. Sabía que quizás las pulsaciones que le quedaban eran limitadas y que en cualquier momento irían a rendirle cuentas, que cada instante sin hacer nada era una oportunidad perdida y que si él no actuaba nadie lo haría.

Así que llamó a una adivina. Trabajar en los límites de la realidad, donde lo fantástico cobraba una consistencia peligrosamente física, le había enseñado que todo era posible. Y la página web de la tal Etta tenía buena pinta, al menos daban ganas de intentarlo y escuchar lo que fuera a decir. Lo complicado fue explicarle cuál era su problema sin darle palabras concretas. Era un asunto peliagudo, que ni siquiera podía escribirse en papel. Juntar sus letras era el equivalente a lanzar una señal de humo y que todo el mundo descubriera quién era él y cómo la había fastidiado.

En consecuencia, la respuesta de la evidente fue igual de enigmática que sus explicaciones. Y clara, pese a todo. Esa falta de dobleces y ambigüedades le dejó un sabor amargo. No entendía por qué le habían mandado al supermercado de la calle Gato preso a seguir las señales del destino. A decir verdad, olía un poquillo a estafa, pero Abundio no tenía otra solución mejor. E intentarlo no costaba nada mientras que quedarse sin hacer nada le podía costar muy caro.

No tuvo muchas dificultades para llegar. Una vez ahí, se llevó las manos a los bolsillos y dejó de caminar con un rumbo fijo. Si el destino tenía pensado hacer la compra ese día a esa hora, él estaría ahí para ver si se cruzaban.

El supermercado resultó ser un ultramarinos venido a más, donde los vecinos del barrio parecían pasar el tiempo al lado de la sección de congelados más que perseguir ofertas. Abundio dio una vuelta. Si resultaba que no daba con ninguna respuesta, al menos compraría galletas y papel higiénico, que mal no le iban a venir.

Acabó por detenerse delante de la pescadería. Una oferta le había llamado poderosamente la atención: lubina entera y fresca, recién pescada, a mitad de precio. «No sé si es lo que necesito, pero ¿por qué no?», pensó mientras sacaba la cartera.

Además de la lubina, el paquete de galletas y otro de papel higiénico, compró pan y almendras. Una vez en la seguridad de su hogar, guardó la compra y se puso el delantal.

Ni los problemas se resolvían solos ni la comida se haría por arte de magia. Lamentablemente, la oferta no abarcaba la limpieza del pescado, así que le tocó a él quitarle las escamas y aletas, cortarle la cabeza y sacarle las tripas. En eso estaba cuando dio con algo duro y brillante, frío como el metal, engarzado en los intestinos blanquinosos de la lubina. Intrigado, lo sacó con cuidado y lo llevó al grifo para limpiarlo de porquería. Estuvo a punto de caérsele por la emoción.

Abundio intentó serenarse, a ver si así dejaba de temblarle el pulso. No sabía qué había encontrado, solo podía imaginárselo. Y la posibilidad le cortaba el aliento por la emoción.

Parecía el pendiente de una Diosa de tres orejas.

Lo guardó en una servilleta de papel. Tendría que asegurarse antes de darlo por válido, pero era difícil no empezar a emocionarse. Reliquias como aquella, que databan de antes de que el mundo fuera mundo, no aparecían porque sí. Y su valor desbordaba cualquier aproximación que se le ocurriera.

Ese día Abundio no comió. Había perdido el apetito, pues aunque acababa de vivir un encuentro imposible, fabuloso, digno de cuento, aquella joya no iba a sacarle del apuro.



Madrid, Ella y el violín — Jimena G. G.

@pintorapalabras

Él, que nunca había salido de su pueblo.

Él, a quien su mejor amigo le obligó a acompañarle a hacer turismo por Madrid para que descubriera nuevos horizontes.

Él, que nunca imaginó lo que allí encontraría.

Los dos jóvenes llegaron al Teatro Real y pasaron como dos espectadores más. Y fue entonces cuando la vio. Todo sucedió al empezar la función: ella llenaba la sala con su luz y sus colores; tan solo su sonrisa era capaz de llegar al corazón del más resentido. Él se enamoró al instante y en el trayecto de vuelta a casa no dejó de hablarle a su amigo de Ella. Bien era cierto que aún no se conocían, pero desde que sus miradas se habían cruzado, sentía que no podía vivir sin Ella.

Los días pasaron veloces y con ellos llegaron las dudas: “¿Me querrá como yo a ella?”; “Seguro que no soy lo suficientemente bueno como para merecerla...”; “¿Qué van a pensar mis padres? ¿Mis amigos? Nadie en el pueblo ha salido nunca con alguien así”, eran varias de las cuestiones que no paraban de atormentarle día tras día.

Semanas más tarde, una fatídica mañana, su abuelo, la persona que más quería en el mundo, cayó enfermo de gravedad y tuvieron que trasladarse a un piso de Madrid de un familiar suyo para poder acudir al hospital donde le realizaban los tratamientos. Este cambio de aires supuso toda una oportunidad para Él y, aunque no iba a dejar que se le escapara, no pretendía forzar un encuentro, simplemente deseaba que todo fluyera, que se encontraran el uno al otro cuando menos se lo esperaran; como la primera vez.

Él deambulaba por las calles de Madrid empapándose del ambiente, la cultura, el modo de vida y forma de pensar de cada barrio, de cada casa, de cada historia... Y justo en el momento más inesperado, en el lugar más recóndito de la calle, aparecía Ella con su falda de vuelo, su ritmo acompasado y su porte grácil que hacían olvidar todo aquello que te preocupaba. Pero luego, desaparecía sin más. Por eso era tan importante para Él atesorar esos momentos a su lado, para poder recordarlos cuando se sintiera perdido y a la deriva.

Con el paso de los días su abuelo no mejoraba y lo que a Él más le molestaba era ver como la ciudad seguía con su frenesí, darse cuenta de que por muy mal que a alguien le fueran las cosas, el mundo no iba a pararse; reconocer que si te encontrabas cara a cara con un problema siempre habría alguien a tu lado, pero no podías pretender que todo el

mundo parara por ti; cada uno debía luchar su propia batalla. Y en medio de todo aquel barullo estaba Ella. Desde que se habían mudado a Madrid era como si su vida fuera una serendipia constante en la que el destino no hacía más que animarle a que diera el salto, a que saltara al vacío sin importar lo que dijeran los demás.

Fueron estos pensamientos los que le animaron a contarle la verdad a su abuelo. Él le confesó que se había enamorado perdidamente, pero que no estaba seguro de que fuera a funcionar y le aterraba lo que pudiera pasar en el futuro. Entonces su abuelo le pidió que le acercara la funda de su violín, instrumento que le acompañaba desde su juventud y que llevaba a todas partes. Cuando tuvo el instrumento entre las manos acarició las tapas con cariño y, tomando las de su nieto, le dijo mientras le miraba a los ojos:

–Hijo, no desaproveches las oportunidades que la vida te brinda, o te arrepentirás mucho en el futuro. Mírame a mí, tan solo soy un pobre anciano que ha desaprovechado su existencia y cuyo destino es morir entre las cuatro lúgubres paredes de un hospital...

–Venga vamos, no digas eso abuelo –le animó a pesar de tener los ojos bañados en lágrimas.

–Ahora ve. Toma mi violín y ve a conquistar a la chica de tus sueños –contestó el anciano con una sonrisa teñida de cansancio en la cara.

Entre aturdido y conmovido, el chico cogió el regalo que su abuelo le entregaba, no sin antes darle una cálida despedida al hombre al que debía tanto. Pero lo que empezó siendo una subida de ánimos y de esperanza, acabó convirtiéndose en un momento en tonos grises: a las pocas horas su abuelo murió de un infarto provocado por la debilidad de su cuerpo.

Él ya no salía de casa, apenas comía y no tenía ganas de nada; su vida había dejado de tener sentido. El violín le miraba desde una esquina de su cuarto, como pretendiendo culpabilizarle de no haber cumplido el último deseo de su anterior dueño y de tener el pensamiento de que ya no merecía la pena. Fueron días duros para todos, pero después de la tormenta, siempre acaba saliendo el sol. Una mañana se levantó y se dio cuenta de que la respuesta había estado todo este tiempo en su corazón, pero que, por escuchar a las voces de su cabeza que le instaban a rendirse y abandonarse a la tristeza, no había sido capaz de verlo.

Sujetó el asa de la funda del violín con decisión y salió de casa sin decir ni media palabra a nadie. Su familia lo miró intrigada e incluso se atrevieron a seguirle. Tenía claro a donde debía ir, el sitio no quedaba lejos de su casa y sabía perfectamente como llegar

hasta él. Cuando estuvo ante su puerta respiró como no lo había hecho en meses: valiente y seguro de sí mismo.

Subió la escalinata de la escuela sin hacer caso a los gritos de sus familiares, que le decían cosas como: “¿¡Pero qué haces!?”; “No estarás pensando en meterte a eso, ¿verdad?”; “¡No ganarás dinero y no llegarás a ser nada en la vida!”; “Acabarás hundido como tu abuelo”. Llegó al recibidor y la vio, igual de radiante que la primera vez que sus vidas se cruzaron. No dudó ni un instante, se lanzó a sus brazos como si fueran amantes de toda la vida. Él había estado enamorado de la música desde que tenía uso de razón, solo que a sus más de veintiséis años nadie nunca se había interesado en mostrárselo. Pero eso a Él ya no le importaba, por fin iba a cumplir su sueño de ser violinista y no pensaba rendirse a la primera de cambio.



Preámbulo a la serendipia: emigración — Alicia Gadi

@Alicia_Gadi

<http://aliciagadi.com/>

«No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos», suele decir mi madre, con la tristeza marcada en los ojos. La lengua chasquea, el tañido de la iglesia marca el punto final de otra vida más. Pero entretanto yo le doy la espalda a la fachada del campanario. No hace falta que mire atrás para saber que las cigüeñas baten las alas espantadas, como si contuviesen las almas en pena de los vecinos que se despiden, una vez más, de un difunto amigo de confianzas.

«Tampoco sabemos lo que necesitamos hasta que lo encontramos», le respondo mientras camino de vuelta a la vida, hacia las casas de un pueblo decadente que, con suerte, sobrevivirá un par de décadas más. Prefiero aferrarme a lo que aún conservo, pensar que todavía me queda un mundo por descubrir. Marcharé del valle como la pasada generación y la anterior. Dos calles, una iglesia y un cementerio no son suficientes para vivir. Pregunto: «¿Quién ha muerto esta vez?».

«Todo el pueblo», dice mi madre, que encoge los hombros. Sé lo que quiere decir. Los vecinos se ven reflejados en una víctima más del tiempo y la vejez. Se lamentan al igual que les gustaría que se lamentasen sus compañeros de vida en su próximo funeral. Acuden a misa cumpliendo un trato silencioso y estableciendo un compromiso no con dios, sino con ellos mismos. Podría decirse que incluso pactan con el rumbo insuperable de la muerte.

Y yo no quiero eso.

Así que entro en el coche y me coloco el cinturón. Mi madre, sin vacilar en ningún momento, quita el freno de mano a la vez que el último tañido resuena en el pueblo. Huimos del destino escrito sin mirar atrás, oyendo cómo el equipaje se sacude en el maletero. Solo los retrovisores nos permiten echar una ojeada al mundo que estamos abandonando y ni aun así tenemos la voluntad de devolverle la mirada a ese pueblo que, tiempo atrás, nos ha visto crecer con fe y esperanza.



Mr. Flea – LS_TOPHER

—Mr. Ricardo o debo decir, ¿el Ventrílocuo Milagro?—cuestiona la reportera, jugando con el cable del micrófono, le sonrió.

Muerdo la manzana, entre nosotros esta la mesa, repleta de comida, es hermoso— llámame Ricardo—.

—bien Ricardo, hablamos de tu próxima gira, Mr. Flea en el viejo continente— hace una pausa para mirar a mi acompañante peludo—le pusiste ese nombre porque, ¿quieres mucho a tu mascota?—.

El me echa una mirada cómplice desde su cojín, asiento.

La pared de cristal resuena por el golpe con mi puño, el encargado me mira del otro lado, apartando la mano de los interruptores—que todavía no es medianoche, enciende las teles—le pido.

Mi mano entra con prisa al bolsillo que no está agujereado, sintiendo el frío del metal de los centavos, hasta que cojo el papel, deshago la bolita en que se ha convertido y estampo el billete en la vitrina.

—por favor, ya van anunciar los números ganadores—tenía que ser, llevo aquí desde el partido de fútbol que transmitieron, la gente se fue hace rato, cuando hacía más calor, en la calle la farola alumbra apenas, pero se va de a pocos.

Me sobo con el brazo libre, para dejar de temblar.

—si gano te quedas con la mitad—suelto para convencerle, unos segundos después se planta y sin mirarme los vuelve a encender, para luego con paso lento alejarse en el interior de la tienda.

Golpes pequeños, empiezan a acercarse, por la calle de piedra, una figura mediana peluda se acerca, la luz revela un pelaje sucio que solía ser rubio, es uno de esos perros elegantes, sofisticados, un Golden Retriever.

Pasee a los suyos de pequeño, dándoles agua y recogiendo sus desechos, juntando los billetes que me daban sus dueños ricos, para comprarme mi primer muñeco de ventrílocuo, suspiro.

—No tengo comida chico—le suelto como si pudiera entenderme.

Pasa de mí, dejando caer un papel de su hocico, es un billete de lotería—has venido a probar suerte, también—digo para aliviarme la tensión, mientras una bola de vapor se aleja de mi boca.

Sus oscuros ojos, como canicas, me miran por unos segundos, parece que me prestara atención, niego con la cabeza, se sienta sobre el suelo de piedras.

Las pantallas se llenan con la apertura del programa de la lotería de a pocos las letras se difuminan dejando ver a la presentadora en sus traje rojo.

—Bienvenidos a la lotería —sonríe falsamente—esta es una noche especialmente fría así que no olviden abrigarse y meter a sus mascotas—continua, volvemos a mirarnos.

—Supongo que no tienes dueño—su cabeza se gira un poco—tomare eso como un sí, estaba pensando en comprar algo de carne para celebrar por ganar la lotería—le suelto optimista, aunque de todas formas tenía que comprar algo, llevo tres días sin comer.

No suelo apostar, pero un idiota dejo el billete que juego ahora, al terminar mi fusión de ventrílocuo, en mi tasa de limosna y no quiero desperdiciar la oportunidad—no será mucho, pero podemos compartir—su lengua cae con rapidez, sonrió por eso—bien—

.

—Recuerden solo puede haber UN SOLO—eleva el tono para destacarlo—ganador del premio de hoy por ello la coincidencia debe ser total—giro los ojos—los números ganadores son: siete; tres—acerco el boleto, coinciden, podre comprar una mochila para mi muñeco y no tener que llevarlo atado a la espalda.

Mi compañero gruñe, tal vez fallaron sus números—te comprare un pavo asado, como esto siga así—le consuelo.

Tiemblo pero ya no por el frio—seis; nueve— sostengo el billete por debajo de la línea del televisor donde las bolillas aparecen.

Ladra al televisor; Salto de emoción—seis—.

Agito los brazos, el billete se desliza de mis dedos, logro agarrarlo en la punta, antes de que el viento se lo lleve.

—Estudio me informa que hay 5 coincidencias—me paraliza—acercando el billete a mí, donde un casilla sin raspar queda—así que pasamos con la letra para definir al ganador.

Saco el centavo de mi bolsillo y rasco con rapidez, apoyando el papel en el cristal—suerte, concursantes—.

Una “L” asoma, la bolilla deja de girar en la pantalla—E es la letra que desempata, FELICITACIONES a la ganadora—.

Me dejo caer —«tan cerca»—, el papel se rompe entre mis dedos, dejando que se lleve el viento los pedazos.

El frío se va apagando a medida que las lágrimas me calientan la cara, difuminando las pantallas en manchas de luz.

Me seco con la manga agujereada, los globos empiezan a caer sobre la presentadora que festeja con la ganadora vía video—llamada, una anciana arrugada como una pasa — «que le haga provecho»—.

Mi ojos se abren de golpe—lo del pavo iba en serio, tengo una familia que alimentar—suelta de lo más tranquilo sin dejar de mirar al suelo, dejando caer su baba sobre el billete, que rompe con su pata.

Los pensamientos golpean tan rápido como el empieza a irse—ESPERA...POR FAVOR—se gira con fuerza, conteniéndose en la esquina de la acera, en las sombras—¿quieres alimentar a tu familia?, puedo ayudarte—me obligó a decir.

—«No puedo desperdiciar esta oportunidad»—me repito, aprieto el puño rogando por que no decida largarse, los segundos pasan hasta que empieza a moverse hacia mí.

—¿Cómo lo harás humano?—suelta, me tenso, para no volver a temblar, llevo mi mano hacia atrás y desgarró el pañuelo que sostiene al muñeco luego de un par de intento, tirando desde la cabeza de madera.

Le coloco sobre mi pecho, con los dedos acciono el mecanismo para que la boca se mueve, la mía se queda en un línea, cerrada—¿sabes lo que es un ventrílocuo?—asiente, pintura de la cabeza se descascara por el esfuerzo—yo soy uno excelente—continuo, arquea una ceja, parece sonreír con su hocico alargado.

—Ey, solo estoy pasando por un mal momento—suelto por respeto propio—seamos socios, con mi ayuda y tu habilidad nunca más pasaremos hambre.

—mi nombre es Ricardo—extiendo la mano libre hacia él, tensando una sonrisa.

—Mr. Flea—su pata fría se apoya en mi palma, serrando el pacto—Mr. Ricardo tenemos un trato—.

—Soy su socio, cariño—juguetea Mr. Flea, su boca se abre por el asombro.

Pequeños ladridos llegan desde el jardín detrás nuestro, las pequeñas criaturitas rubias van donde su padre, acompañados de su madre, ambos se acarician con afecto.

—Que tiernos—suelta la entrevistadora luego de un gran suspiro.—sí, somos una familia adorable, Mr. Ricardo nos ha cuidado bien—.

—¿Cómo lo hace?—se proyectó hacia mí, afianzándose en la mesa.

Mr. Flea me mira con temor al igual que su compañera, niego—lo siento, señorita—retrocede—usted y su equipo pueden servirse lo que deseen de la mesa y luego irse.

—Pero—me impulso con las piernas, para ponerme de pie, dándole la espalda me alejo hacia el jardín, donde jugaban los cachorros, Mr. Flea y su familia me acompañan.



Ilustración del personaje hecha por el propio autor